

APUNTES SOBRE EL GRECO

«Lápida en la plaza de Santo Domingo»

Quiero empezar con unas breves palabras que surgieron hace unos años, en el seno de esta Real Academia de Bellas Artes, al proponer por parte del que os habla, la idea de celebrar una magna exposición de Toledo, de toda la obra que fuera posible del gran Domenico Theotocópuli, el «Greco».

De este Greco, como vulgarmente se le conoce en todas partes. Este Greco tan discutido y tan olvidado por parte de los toledanos.

Porque, ¿qué ciudad dueña y señora de una obra tan importante como la que nos dejó de herencia este divino griego, no presume engrandeciendo bien sus plazas o jardines con un grandioso monumento que recordara su nombre?

Hoy, bien claro lo tenemos. Hablar del Greco en cualquier parte en que te encuentres, es hablar de Toledo.

Porque si a últimos del siglo XVI y primeros del XVII, Toledo fue el alma para el Greco, en este siglo XX el Greco es el alma para Toledo, puesto que aquí viene todo el mundo a visitarle, y aquí todavía se conserva el mismo paisaje que contemplaron sus ojos y pintaron sus pinceles.

Aquí fue donde se le descompusieron todos los mágicos colores de su etapa veneciana, para entrar en una nueva etapa entre las luces y las sombras de esta ciudad doliente. Aquí es donde tomaron vida tantos y tantos personajes que hoy vemos en sus cuadros, y que, por razones extrañas, volaron a distintos países.

Y si en algún sitio hay que hacer alguna cosa para ensalzar la vida y la obra del Greco, que quede bien claro que este sitio ha de ser aquí, en Toledo, porque aquí es donde él creó su obra y aquí es donde dejó que los toledanos sepultaran su cuerpo para toda la eternidad.

Hoy es doloroso tener que decir precisamente aquí, en el interior de este templo, y en nombre de esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, que la tan discutida exposición que se celebró en Madrid no es válida para los toledanos. Y digo que no es válida porque la obra del Greco está hecha en Toledo, y es en Toledo donde se la debe ver, y donde se la debe contemplar, a pesar de las opiniones de muchos entendidos en Arte. Porque para nosotros no hay otro marco, sino éste que le dio nuestra ciudad.

Prueba de todo ello es que los cuadros que se conservan en Toledo se ven como verdaderos Grecos. Se ven dotados de toda la grandeza que les dio el pintor, tanto en la composición como en el colorido.

Yo recuerdo haber visto fuera de Toledo, el magnífico y único poema de la pintura universal, como es la Asunción, que se conserva en el Museo de Santa Cruz. Y no era el mismo cuadro. No era el Greco que estamos acostumbrados a ver en Toledo. Y lo mismo ocurría con el «Entierro del señor de la villa de Orgaz». Si este cuadro fuese sacado del marco de la iglesia de Santo Tomás, perdería todo su atractivo y toda la grandeza que encierra en el sitio donde está.

Por mucho que nos dijeran, nunca se apreciaría su valor y su belleza.

Los mismos cuadros que se exhiben en las salas del Museo del Prado, no están dentro de su ambiente, y no digamos los que están en las galerías centrales del Museo de Louvre en París. Al ser grecos, se colocan dentro del mejor sitio posible, pero siempre desentonando de los demás pintores que le rodean.

Tengamos en cuenta que el Greco es un pintor aparte. Un pintor, siempre desconcertante. No tiene que ver nada con los demás. Es un pintor de Toledo, y para Toledo. Por algo ha estado más de tres siglos perdido en viejos rincones. Cuando se le sacó a la luz del día, fue para que los biógrafos no hayan hecho otra cosa que zarandearle y descomponer toda la verdad de su filosofía. Tachándole unas veces de las muchas deformaciones que se ven en sus cuadros, y otras, de las dislocadas locuras que en realidad no existen...

Pero dejemos a cada cual con su manera de ver y de sentir, y vayamos nosotros a lo nuestro.

* * *

REFERENTE AL MONASTERIO DE SANTO DOMINGO EL ANTIGUO

El padre Yepes escribió en la crónica general de la orden de San Benito estas palabras:

«Fabricó el Rey Alfonso VI este monasterio arribado a la parroquia de Santa Leocadia, que fue la casa donde vivió esta Santa Mártir.»

En otro lugar, asegura que el rey don Alfonso, más se ha de llamar reedificador que fundador de este monasterio, porque es fama que trae su origen desde los tiempos en que San Ildefonso gobernaba Toledo.

Después de pasar los años, el 26 de febrero de 1576, por orden de la esclarecida dama doña María de Silva, y el gran deán de la Catedral don Diego de Castilla, se empezó a demoler el templo viejo al que alude el padre Yepes, y el viernes 16 de agosto parece ser que pusieron la primera piedra en lo que habría de ser cabecera de la capilla, dándose por terminada dicha obra el martes 27 de septiembre de 1579.

Y en estos años en que se trabaja en la nueva construcción del templo, llega a Toledo, procedente de Roma, Dominico Theotocópuli, el Greco. Por amistad con don Diego de Castilla, pudo hacer las trazas y las pinturas de los retablos de esta iglesia, a la vez que recibía el encargo de pintar el cuadro del «Expolio» para la sacristía grande de la catedral toledana.

Por estas razones es por lo que se supone que se acomodó a vivir en nuestra ciudad el resto de su vida. Por otro lado, se encontró con un Toledo que todavía conservaba intactas aquellas exuberancias de años anteriores. Como eran, la fastuosidad de su bella catedral en marcha. Sus iglesias en reconstrucción. Sus enormes palacios, dando sabor y riqueza con esas portadas de piedra. Y sus habitantes... Entre los que destacaban aquellos caballeros de jubones enlutados y perillas escarchadas, que dejaban reflejados los perfiles de sus sombras, sobre los tapices de sus casas solariegas.

También ocurría lo mismo con sus esclarecidas damas del armiño, que sin darse cuenta, también dejaban estampadas las sonrisas de sus bocas y la belleza de sus cuerpos, ante los espejos que colgaban de sus salas.

Por otro lado, más abierto a la naturaleza, donde se concentra este enorme cráneo de judío pelado, como es este contorno que nos da el cerro del Bú, donde las tremendas rocas, un día, se congelaron y se quedaron colgadas en estas pendientes embrujadas que nos da el dislocado paisaje, que ahí está. No ha cambiado todavía. Y esto, al pintor, tuvo que atraerle enormemente, dándose cuenta de cómo se desdibujan esos perfiles atrayentes y misteriosos de esta ciudad fantasmal. Y más, estando rodeada por la magia de unos cerros verdinegros, como son los colores del Valle, que es donde surgen esas líneas retorcidas y apretadas a las rocas. Para de esta

forma, poder hacer más barroco y más profundo el hondo cauce del río.

Toda esta completa visión que perdura como entonces, es la que se estira y sube hacia arriba, buscando lo que tiene de espíritu, y es lo que baja en dislocadas pendientes hacia abajo, donde todo se hace materia.

Estas son las dos contradicciones que nos refleja constantemente esta mística ciudad, dentro de su vida cotidiana. Y esta lección la supo aprovechar bien el Greco.

Luego todo este estético y rocoso vaivén que aprisiona y al mismo tiempo engrandece, es lo que le seduce y le asombra y le hace pensar en silencio. Y el silencio le hará soñar eternamente dentro de su nueva vida toledana. Pues, desde este momento, ya nadie podrá borrar la belleza de este paisaje que pinta a los pies de sus personajes.

Hoy, después de tantos años, nosotros también lo vemos, y también nos hace soñar en silencio. Sobre todo, cuando se envuelve en el gran misterio de esas noches parduzcas, llenas de luna grande, donde los cielos arabescos pasan y se vuelven transparentes, con el juego de las nubes recortadas en jirones pasajeros.

Ante todo esto, su retina se tuvo que quedar sorprendida. Si vemos que él venía acostumbrado a una ciudad altamente luminosa, como era aquella Venecia, llena de luz y de color. Con unas perspectivas todo lo contrario de las nuestras. Porque allí no hay curvas, no hay fondos, es el cielo, es la ciudad, y es el mar. No hay rocas.

Este fuerte rechazo toledano pudo ser muy bien el que le obligara a reflexionar y hacerle cambiar toda su estética como pintor. Encauzándole por un mundo nuevo, un mundo delirante, que le lleva a la transfiguración de lo que habría de ser su obra dentro de la estancia toledana.

Como evidencia de este proceso, no tenemos nada más que permanecer delante de su obra y contemplar esos poemas de figuras apretadas, donde chocan entre sí, tanto la temática del cuadro, como las gamas discordantes del color...

Son treinta y tantos años de vivencias toledanas. Años de pleitos y desacuerdos. Rodeado de deudas por todas partes. Ya cansado, con los brazos caídos, junto a sus últimos borrones del «Bautismo del Cardenal Tavera», el día 7 de abril de 1614 dejaba de existir en los aposentos del marqués de Villena...

Unos años antes de estas fechas, se hace el contrato con las monjas de este convento de Santo Domingo el Antiguo, donde adquiere

un terreno dentro del recinto de la iglesia para su enterramiento. Mas con la ayuda de su hijo Jorge Manuel, gran colaborador de su padre, se rompe el pavimento de la iglesia y se hace la bóveda donde se depositaría su cuerpo.

Aquí se le entierra. Y aquí se dijo una misa de despedida, que fue cantada por frailes dominicos del monasterio de San Pedro Mártir. Estos fueron los que acompañaron su cuerpo, envuelto en aquel viejo paño verde de la Santa Caridad toledana.

Bajo las altas bóvedas de la iglesia de Santo Domingo, precisamente aquí, donde nos encontramos nosotros, fue donde se despidió el duelo de este gran pintor. Aquí fue donde quedaron los restos de su cuerpo, «para siempre jamás», y donde permanecen todavía, a pesar de que todos los biógrafos han dicho que está en San Torcuato.

* * *

Y ya por último, esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, ha querido reunirse hoy aquí, no para conmemorar la exposición del Greco en Madrid, puesto que nosotros nunca estuvimos de acuerdo con ella, sino para enaltecer por nuestra parte ese homenaje que los toledanos le debemos. Este homenaje más íntimo y, por lo tanto, más nuestro. Quizá más humilde, pero también más sincero.

Por ello, sólo hemos puesto el amor al pasado glorioso, que rezuma por las entrañas de esta ciudad milenaria.

Al mismo tiempo, que hemos aprovechado para embellecer uno de sus más olvidados rincones, como es el de esa plazoleta que queda aprisionada entre los altos muros de Santo Domingo y de Santa Leocadia.

Y lo vamos a embellecer con poca cosa. Con una sencilla lápida recordando el nombre del pintor y las dos fechas tan importantes y tan ligadas a la historia de Toledo y de la pintura universal.

Estas dos fechas corresponden, la primera, al primer documento que Dominico Theotocópuli firma en esta ciudad, el 2 de julio de 1577, cuando nos llega de Roma, para decorar los retablos de este monasterio.

La segunda es la del 7 de abril de 1614, cuando muere y es enterrado en la iglesia de este monasterio.

Con esto, hemos llegado a nuestro punto final, creo que nuestro deber ha sido cumplido.

Primero, como académicos; segundo, como toledanos. Nada más.

Muchas gracias.

CECILIO GUERRERO MALAGÓN